

ESCRITURA ACADÉMICA, RELATOS DE EXPERIENCIA Y GIRO NARRATIVO EN EL ENCIERRO GLOBAL

La historia de Lili y el mundo de la vida en la cárcel

*Daniel Suárez
Cynthia Bustelo*

Resumen: Este artículo lo escribimos en una conversación que se inició en una investigación y se extendió luego de la defensa de una tesis doctoral (1), en momentos de encierro global provocada por la pandemia del coronavirus. Mediante él, pretendemos abordar el problema de la escritura en el campo académico desde una doble perspectiva: el de una argumentación a favor de la relevancia imperiosa de las narrativas de experiencia para conocer los mundos de la vida y las experiencias que viven los sujetos en los bordes de la vida social, y para aprender de ellos; el de la presentación de un relato de experiencia de formación construido a partir del abordaje interpretativo y hermenéutico de los relatos de sí de una persona que padece y escribe en el encierro, como una oportunidad para aproximarnos a un saber que tal vez tenga algo para decirnos en el nuevo contexto. A partir de esta doble mirada, ponderamos las potencialidades de la narrativa biográfica como modo de investigación y como género discursivo válidos para una comprensión más sutil, vital y significativa de los procesos de formación y para sobre-vivir en un nuevo mundo, diferente al que hemos estado sufriendo. En cierto modo, este texto bifronte pone en conversación por lo menos a tres sujetos de enunciación: una ex-tesista de doctorado que ya inició sus estudios de posdoctorado (Cynthia Bustelo), un ex-director de tesis y ahora colega de la ex-tesista (Daniel Suárez), y una persona que atravesó una experiencia formativa en la cárcel y que se dispuso a contar su historia de formación (Liliana Cabrera). También trae al diálogo a algunos autores que han pensado y escrito acerca del viraje narrativo del pensamiento social.

Palabras clave: escritura académica - investigación narrativa - relatos de experiencia- contextos de encierro

ACADEMIC WRITING, STORIES OF EXPERIENCE AND NARRATIVE TURN IN THE GLOBAL CONFINEMENT:

Lili's story and the world of prison life

Summary: We wrote this article in a conversation that began in an investigation and was extended after the defense of a doctoral thesis (1), in moments of global closure caused by the coronavirus pandemic. Through it, we intend to approach the problem of writing in the academic field from a double perspective: that of an argument in favor of the imperious relevance of the narratives of experience to know the worlds of life and the experiences that subjects live in. edges of social life, and to learn from them; that of the presentation of a training experience account built from the interpretive and hermeneutical approach of the self-reports of a person who suffers and writes in the confinement, as an opportunity to approach a knowledge that perhaps has something to tell us in the new context. Based on this double vision, we ponder the potential of biographical narrative as a mode of research and as a valid discursive genre for a more subtle, vital and meaningful understanding of training processes and to survive in a new world, different from the one we have been suffering. In a way, this two-faced text brings into conversation at least three subjects of enunciation: a former doctoral thesis student who has already started postdoctoral studies (Cynthia Bustelo), a former thesis director and now a colleague of the former thesis student (Daniel Suárez), and a person who went through a training experience in prison and who set out to tell his training story (Liliana Cabrera). It

also brings to dialogue some authors who have thought and written about the narrative turn of social thought.

Key words: academic writing - narrative research - experience stories - confinement contexts

REDAÇÃO ACADÊMICA, HISTÓRIAS DE EXPERIÊNCIA E NARRATIVA TRANSFORMAM O CONFINAMENTO GLOBAL.

A história de Lili e o mundo da vida na prisão

Resumo: Escrevemos este artigo em uma conversa que começou numa pesquisa e foi estendida após a defesa de uma tese de doutorado (1), em momentos de confinamento global causados pela pandemia do coronavírus. Através dele, pretendemos abordar o problema da escrita no campo acadêmico sob uma dupla perspectiva: a de um argumento a favor da relevância imperiosa das narrativas de experiência para conhecer os mundos da vida e as experiências em que os sujeitos vivem nas margens da vida social e para aprender com eles; o da apresentação de um relato de experiência de formação construído a partir da abordagem interpretativa e hermenêutica dos relatos de si de uma pessoa que sofre e escreve no confinamento, como uma oportunidade para nos aproximar de um saber que talvez tenha algo para nos dizer em um novo contexto. Com base nesses dois olhares, ponderamos o potencial da narrativa biográfica como um modo de pesquisa e como um gênero discursivo válidos para uma compreensão mais sutil, vital e significativa dos processos de formação e para sobre-viver em um mundo novo, diferente daquele que estamos sofrendo. De certa forma, este texto de duas faces traz à conversa pelo menos três sujeitos de enunciação: uma ex-aluna de doutorado que já iniciou seus estudos de pós-doutorado (Cynthia Bustelo), ex-diretor de tese e agora colega da sua ex-aluna (Daniel Suárez) e uma pessoa que passou por uma experiência formativa na prisão e que se propôs a contar sua história de formação (Liliana Cabrera). Também traz ao diálogo alguns autores que pensaram e escreveram sobre o giro narrativo do pensamento social.

Palavras-chave: escrita acadêmica - pesquisa narrativa - histórias de experiência - contextos de confinamento

... el saber al que hago referencia no tiene demasiada buena prensa en la mayoría de los ambientes académicos. No solo porque elude la objetividad clásica, no solo porque pone bajo sospecha esa mistificación secular de la normalidad, sino sobre todo porque utiliza los lenguajes de la experiencia, es decir, narrativas que nos involucran en primera persona, narrativas que ubican el cuerpo en el centro del conocimiento, porque es el cuerpo el que lo produce y lo padece; narrativas que al fin y al cabo, no pueden sino estar regidas por las únicas reglas a las que vale la pena someterse: las reglas de la vivencia y la convivencia

Carlos Skliar, Lo dicho, lo escrito, lo ignorado
... quizá sea hora de intentar trabajar en el campo pedagógico pensando y escribiendo de una forma que se quiere indisciplinada, insegura e impropia. El discurso pedagógico dominante, escindido entre la arrogancia de los científicos y la buena conciencia de los moralistas, se nos está haciendo impronunciable (...) y cada vez tenemos la sensación de que hay que aprender de nuevo a pensar y a escribir aunque para ello haya que

*apartarse de la seguridad de los saberes, de los métodos
y de los lenguajes que ya poseemos (y que nos poseen)*

Jorge Larrosa, Pedagogía profana

Narrativas de sí y políticas de escritura

Los fragmentos textuales que encabezan nuestro artículo, escritos por Jorge Larrosa (2000) y Carlos Skliar (2010) a principios de este siglo, coinciden en una serie de cuestiones y conversan con otros textos. Se refieren a los relatos escritos en primera persona, corpóreos y vitales, como modalidades marginales de escritura relegadas por las normas y convenciones consagradas por el mundo académico y científico. Nos hacen pensar en la versión canónica de la escritura de ciencia social dominante: las escrituras de sí, los textos con cuerpo, apasionados, subjetivos, son el resultado de prácticas discursivas íntimas, privadas, que poco tienen para decir públicamente por sí mismos y poco tienen que aportar al conocimiento probado, legítimo y válido, a no ser como “datos”, “fuentes” o “materiales empíricos” a ser intervenidos (analizados, interpretados, controlados) por la mirada y la voz de la ciencia. Por eso, su destino es estar confinados a los anexos de las tesis o al pie de página de los artículos certificados por referir e indexación. En tanto lenguaje de la experiencia, dialogan poco y nada con los modos impersonales y objetivos de escritura, sino que, más bien, se someten a sus arrogantes reglas de composición, guardan silencio y son dichos por otros.

Ambos epígrafes, además, son convergentes al condenar a la escritura académica dominante como una forma oficinesca, trivial, mistificada, impronunciable, de dar cuenta de lo conocido y, peor aún, como una modalidad de práctica discursiva que excluye a los sujetos de enunciación de cualquier compromiso con lo dicho o escrito. Nos sugieren que esas son escrituras obedientes, desapasionadas, desafectadas, reguladas por el imperio de la productividad, y que reproducen en los textos a que dan lugar la lógica fabril, acumulativa y sin sentido del mercado académico y su vanidad estéril: acopio de citas, papers, indexaciones, que le dan valor (valor de cambio, como mercancías) a pesar de que difícilmente podamos encontrar en ellos palabras que nos toquen, nos conmuevan y nos interpelen como comunicación humana (valor de uso, significado vital). Es más, sin que nos digan nada y ni siquiera nos tengan en cuenta como lectores. Solo dicen para ser aprobadas por un referir abstracto que no lee (en el sentido de una experiencia de lectura), sino que puntúa según el protocolo de indexación que regula su institución, revista o comité editorial. Les hablan vanamente a una grilla.

Las dos citas atribuyen, finalmente, a la escritura de narrativas de experiencia en el campo académico un carácter rebelde, indisciplinado, revulsivo, que nos permitiría pensar y escribir de nuevo, más inseguros e impropios, sobre lo importante en nuestras vidas: la vivencia, la convivencia y el buen vivir. Le adjudican, así, un valor político y una promesa de redención. Christine Delory-Momberguer, para la misma época, se suma a la controversia y argumenta, en el mismo sentido, que “el ser humano se adueña de su vida y de sí mismo a través de historias. Antes de contar esas historias para comunicarlas a los demás, lo que vive sólo se torna su vida y ese ser solo se torna él mismo, a través de figuraciones mediante las cuales representa su existencia” (2009, p. 37). Los relatos escritos para sí no solo contribuyen a conocer y comunicar aspectos casi siempre inadvertidos por las formas discursivas

valoradas por el mundo académico, sino que adquieren además y fundamentalmente un carácter antropológico y político medular: nos permiten apropiarnos de nuestras vidas, atribuirles significado y proyectarnos como seres humanos vivientes y sufrientes en un mundo despiadado que nos expropia nuestra existencia, nuestro estar siendo en él y su sentido. “Jamás alcanzamos directamente lo vivido. Apenas tenemos acceso a ello a través de historias. Cuando queremos adueñarnos de nuestra vida, la narramos” (2009, p. 38), agrega la autora, y nos revela uno de los secretos de la resistencia.

Unas décadas antes, en la *Autobiografía intelectual* que escribe al final de su vida, Paul Ricoeur (2007) nos confiesa con cierta incomodidad las relaciones que, según su interpretación, vinculan su pensamiento filosófico y algunos acontecimientos vividos y sufridos; los lazos que ponen en contacto -y tal vez explican- los giros y movimientos de su militancia intelectual y de su biografía personal. Y si bien remarca y toma en cuenta “las trampas, defectos y límites” de la autobiografía como género filosófico y político, paradójicamente, elige esa modalidad de escritura de sí para llevar adelante su empresa y su “ensayo de autocomprensión”. Separándose de la pretensión de transparencia e inmediatez del *cogito cartesiano*, que funda la ciencia moderna y europea, incluyendo la hermenéutica, escribe: “tomé distancia respecto de una conciencia de sí inmediata, transparente a sí, directa, y defendí la necesidad del desvío por los signos y las obras desplegadas en el mundo de la cultura” (RICOEUR, 2007, p.13). Los seres humanos necesitamos de los signos y de las obras culturales que producimos, para comprendernos y para comprender nuestro mundo, para conocer nuestro lugar en él y para producir la vida que habitamos y hacemos. Y las narrativas de sí son la forma, el género y el “método” que nos revela los secretos que guardamos y que, como en el caso del filósofo, ni siquiera conocemos de nosotros mismos hasta que las escribimos y las damos a leer. A pesar de su renuencia a la primera persona del singular, por su filiación a los códigos de la escritura filosófica, Ricoeur la utiliza para pensar su obra, para comunicar sus descubrimientos y para trazar, al final de su carrera, una política de su escritura y su pensamiento.

Giro narrativo, lenguajes de la experiencia y políticas de encuentro

A pesar de la todavía escasa pregnancia en el campo académico y la comunidad científica, no es nueva la conciencia de las posibilidades de las narrativas biográficas para dar cuenta de los procesos de subjetivación y de la experiencia humana del tiempo. Ricoeur, en su ya clásico *Tiempo y narración* (2007), nos advierte: “el tiempo se hace tiempo humano en la medida en que se articula en un modo narrativo, y la narración alcanza su plena realización cuando se convierte en una condición de la existencia temporal” (p. 113). Sin embargo, los relatos de experiencia, las autobiografías, las biografías, las historias de vida, las narrativas de formación, los memoriales, los diarios personales y profesionales, toda esa gama de géneros narrativos que ponen en el centro y se tejen, en primera o tercera persona, desde la vida y nuestros cuerpos vivientes y pasionales que hacen humano el tiempo, parecen encolumnarse en la batalla que abrieron esas políticas de escritura en el campo académico hace ya unos años (SUÁREZ, 2019).

En cierta medida, esas contiendas son un capítulo de lo que Boaventura de Sousa Santos (2009) denomina “segunda ruptura epistemológica”, esto es, la reconciliación de la ciencia -ahora posmoderna- con el sentido común o el saber popular o los saberes de experiencia o los mundos de la vida y sus lenguajes, luego de haberse separado, como ciencia crítica, de ellos (“primera ruptura”). No hay que abandonar las pretensiones de conocimiento

válido y el ideal emancipatorio de la ciencia, sino que hay que tornarla menos indolente, menos desafiada del mundo y de la gente, menos arrogante y autorreferenciada; hay que devolverla al mundo para alumbrar en ese re-encuentro la posibilidad de una conversación con otras experiencias, otros sujetos, otros discursos y otros saberes, que nos ayude a pensar quiénes somos, hacia dónde vamos y qué tenemos que hacer para vivir mejor en ese mundo que definitivamente no conocemos.

Además de lo que este giro del conocimiento científico supone para nuestras formas de comprender y explicar el mundo, en la medida que hace suyo el “imperativo hermenéutico” y el “imperativo pragmático” reclamados para la ciencia crítica (SANTOS, 2009), los lenguajes de la vida revisten un carácter contestatario y revolucionario. Nos ayudan a aprender a vivir de otra forma, junto con otros y otras, conversando con ellos y ellas. No solo auguran apenas la “confusión de géneros” para la “refiguración del pensamiento social”, que permitiría a muchos científicos sociales renunciar “a un ideal de explicación basado en leyes y ejemplos para asumir otro basado en casos e interpretaciones, buscando menos la clase de cosa que conecta planetas y péndulos y más es clase que conecta crisantemos y espadas” (GEERTZ, 1994, p.32). También nos ayudarían a pensarnos y proyectarnos con otros y otras en un mundo que nos separa, nos aísla, nos condena a encuentros diferidos y sin contacto social y cara a cara. Por eso, en estos días y en los albores de la época que inaugura el virus global, su carácter político se torna radical y necesario para nuestra supervivencia como humanos.

Historias narradas, tiempo de encierro y experiencia de formación

La historia de formación de Liliana Cabrera, que damos a leer más abajo, fue construida en conversación con ella y escrita en tercera persona en el marco de una tesis doctoral, a partir de los relatos autobiográficos narrados en primera persona en entrevistas o en textos ofrecidos por la protagonista-personaje del relato. En ella, como en las otras cuatro historias presentadas en la tesis, los relatos fueron reconstruidos y vueltos a narrar en diálogo con sus protagonistas-personaje como estrategia discursiva y política que abre el acceso, la recuperación, la visibilización y la recreación de las experiencias de formación vividas, reflexionadas e indagadas en el tiempo del encierro, en los momentos y los espacios de la vivencia en la cárcel. En cada uno de esos relatos de formación, la autora de la tesis buscó rastrear, comprender y documentar el saber construido en la experiencia y poner en intriga los procesos, las acciones, los espacios, los modos de decir y las condiciones de enunciación en las que las personas que estuvieron detenidas en la cárcel transitaron temporalmente experiencias de formación que los transformaron. Para ello, en primer lugar, realizó con cada uno/a un intercambio de textos narrativos con el objeto de identificar y nombrar qué fue lo significativo durante el recorrido y el mundo narrado de la experiencia de formación en los espacios y tiempos del encierro. Luego, desarrolló un trabajo más personal e íntimo de conversación, reconstrucción, interpretación y tematización de la intriga narrativa con cada uno/a. Posteriormente, completó el proceso de producción y de edición de los relatos en conversación con la y los protagonistas-personajes-autores-a, quienes colaboraron en la edición final de cada texto-historia, aportando correcciones, comentarios, datos, lecturas, miradas y, sin dudas, el “saber de experiencia” producido en la vivencia reflexionada del encierro. Finalmente, cada interlocutor/a leyó su historia y tuvo la oportunidad de contradecir, aclarar cuestiones puntuales y acompañar y acordar su publicación en la tesis.

Incorporadas a la tesis, las historias de formación pretenden “profundizar narrativamente” (CONTRERAS, 2015) la comprensión y la enunciación de las dimensiones formativas significativas de la experiencia subjetivante, temporalmente mediada y espacialmente situada en el contexto de encierro vivido, sufrido y narrado y se orientan a mostrar cómo se entraman, se deslizan y se configuran los *hechos*, las *redes* y los *puentes* como núcleos de sentido e hipótesis interpretativas de esas experiencias contadas en primera persona (2). El propósito fue tomarlas documentos pedagógicos comunicables, que logren mover imágenes estáticas o trastocar discursos estigmatizantes donde anidan prejuicios improductivos, para dar lugar a una nueva producción de escritura, escucha, análisis e intervención en el campo de la educación en contextos de encierro. Por eso, sugerimos que este relato no sea juzgado, en principio, por su forma o por el acierto en su redacción, sino más bien por cuán efectivamente posibilita comprender, imaginar y hacer propios los mundos de la vida narrados, por el modo en que permite conectarnos con las historias, los lugares, los tiempos y las personas, por lo que trae, moviliza, dice, denuncia, cuenta, relata, arma y permite desarmar de nuestras propias vidas, tiempos y lugares, hoy interpelados.

Como advirtió la autora en la tesis doctoral a la que hacemos referencia:

Las historias únicas crean estereotipos. No siempre son falsas, pero sí incompletas. Por eso, contar una sola historia sobre alguien es un peligro que evidencia, en principio, una posición por omisión. Además, entorpece y dificulta el reconocimiento de las potencialidades, al mismo tiempo que refuerza diferencias. Quién las cuenta, cómo las cuenta, cuántas historias se cuentan es, entre otras cosas, una cuestión de poder. No solo por el hecho de contar la historia de otro, sino por presentarla —como suele ocurrir— como la definitiva. Por eso, en esta tesis, en la que cuento historias de otros y otras, intento, por un lado, encontrar y compartir un equilibrio, mostrar esta versión sabiendo que hay otras tantas posibles. Pero, por otro lado, pretendo sobre todo contarlas para que la cárcel no sea la única historia que se cuente sobre ellos y ellas. No para idealizar ni sobreestimar los itinerarios que presento; sí como modo de mostrar otros mundos, o los mismos mundos, pero desde otra óptica. Como rechazo indeclinable a la historia única, que, en el caso de las personas privadas de su libertad, suele ser la historia tipificada y espectacularizada que cuentan los medios masivos y hegemónicos de comunicación. (BUSTELO, 2016, p. 237)

Creemos que la incorporación de la historia de Lili en este artículo pone en diálogo una vez más sus palabras con los nuestras, elaboradas como autores de un texto académico a ser publicado en una revista científica, y que además plantea una provocación a la escritura y lectura académicas consagradas y dominantes. Por eso, no nos detenemos en las argumentaciones del por qué acompañar o promover la construcción de estas historias de formación, sino en asumir la densidad de significaciones, la vivacidad humana y la intriga narrativa que porta en sí misma y que se despliega a lo largo del texto. En esa densidad, en esa vivacidad y en ese carácter intrigante y afectado radica la posibilidad de ser presentada sin más, estos es, sin un análisis ni hipótesis interpretativas que se superpongan o intervengan desde fuera a sus palabras. Invitamos a leerla como el estímulo a un aprendizaje y a una

experiencia de formación no solo académicos sino también vitales, corpóreos y comprometidos con lo que nos toca vivir en este encierro mundial contemporáneo acaecido a partir de la pandemia del globalvirus. Convidamos leerla como una política de encuentro, como un gesto de repliegue del investigador o investigadora a una posición de escucha, lectura o recepción, como la que realiza cualquier interlocutor comprometido en cualquier conversación auténtica.

Un relato de experiencia de formación: Lili, la poesía y el poder del arte

*Entonces puedo decir que la escritura se hizo parte de
mi identidad.
Yo soy poeta
Liliana Cabrea, Relato de experiencia de formación*

*Lo que las manos no alcanzaban
Lo que era tu nombre escrito en tinta china
dihuyéndose en el agua
lo inalcanzable
Aquello que parecía imposible
Descontar el tiempo
como desandar los pasos
como queriendo caminar hacia atrás
olvidando todo
todo transcurre y se desarma haciendo la realidad
insoportable
Más allá está la misma tierra a la que regresamos
como extraños
Comprendo que hay un límite y todo se transforma
la lluvia sobre tu nombre escrito en tinta china,
recordás?*

Liliana Cabrera, Poesía

Cuando Lili lee este poema, llora. Lloro pero no tartamudea. Ya no. Porque asegura que ahora su arma, su muleta, su andamio, es la palabra. Tartamudeaba mucho. Sobre todo cuando se ponía nerviosa, cuando se enojaba, cuando leía en voz alta en su casa, en la escuela y en la cárcel, antes de comenzar el taller de poesía que, asegura, le dio herramientas, alas y seguridad. Sin embargo, no tartamudeaba en aquellos momentos en los que mostrar seguridad definía la vida o la muerte. Allí, su sostén era otro:

Había perdido la tartamudez cuando empecé a hacer lo que hacía. Entonces vos ganás cierta soltura, es como que te parás de manera diferente y tenés que ganar cierta seguridad porque si no es imposible. Y después, cuando caí detenida perdí mi muleta, el arma, esa adrenalina en lo que yo me respaldaba. Perdí eso y empecé a tartamudear otra vez.

Liliana Inés Cabrera nació en octubre de 1980 en el Hospital Israelita. Hija única de Eduardo y Teresa, un uruguayo y una salteña que se conocieron en Buenos Aires. Teresa falleció cuando Lili estaba a dos meses de cumplir catorce años, por esa razón su padre tuvo que vender la casa que tenían en Villa Ballester. La vendió a un precio muy bajo, casi como sacándosela de encima. Luego, deudas, depresión, criar solo a una hija adolescente, y caer en lo que Lili define como “la debacle económica” y agrega: “ahí empezó todo”. En el 2006

Liliana fue detenida. Antes, fueron siempre solo ellos tres, o ellos dos, y algunos pocos amigos de los padres que cada tanto los visitaban, pero más bien solos. De familia chica y hermética, dice y ensaya: “por eso habré salido tan así”. Ese “así” que Lili destaca para decir quizás que nació muy débil, con muchos problemas de salud, que es muy tímida, que le costó hacer amigos, que casi no tiene amigos de su vida anterior a la cárcel, que, cuando cayó detenida, el resto la veía “como una bolita de nervios”, que no confiaba en nadie, que no sabía cómo relacionarse con las personas, que la escritura la ayudó con todo eso y más.

Liliana estuvo presa ocho años en la Cárcel Federal de Ezeiza. Primero, en la Unidad 3 —ahora llamada Complejo Penitenciario Federal IV—, según ella: “una cárcel más cárcel, con olor a fritanga, a humedad, a cárcel, a todo”. Luego, la mayor parte de su condena, estuvo en la Unidad 31. Fue ella quien pidió el traslado “porque venía con ciertas obsesiones de limpieza”, y sigue:

Yo me quería morir, vivía en un pabellón que era reingreso porque no había lugar en ingreso (3), con sesenta personas, teníamos dos baños. Por más que quisieran las chicas limpiar era imposible, era imposible con dos baños, dos duchas, dos inodoros, una pileta que se usaba para lavar los platos, lavar la ropa, lavarse los dientes. No, yo no podía, me estaba volviendo loca.

En las pocas visitas que tuvo, de amigos de su papá, pidió solamente que le llevaran lavandina.

Lili necesitaba lavar. Primero con lavandina. Luego limpiaría todo con la poesía.

Ya alojada en la Unidad 31 (una cárcel que aloja sobre todo a mujeres extranjeras, embarazadas y madres con hijos/as de hasta 4 años de edad), la invitan a participar del taller de poesía que coordinaba la Organización Social YoNoFui. La invita una compañera, a solamente dos semanas de su llegada, “lo cual estuvo bueno porque llegué enseguida y eso como que te salva de un montón de cosas”, afirma Lili, y continúa decidida: “yo creo que eso fue lo que me ayudó a transcurrir durante todos esos años”.

Invitaron a una persona tímida, tartamuda, sin amigos, desconfiada, a “una bolita de nervios”, según sus compañeras, que “primero no quería hablar, no quería leer, hasta que todas empezamos a pincharla un poquito”, cuenta Silvina, compañera y amiga de Liliana. Silvina es una mujer de unos 42 años que ganó el premio Anfibia por una crónica que escribió en el marco del taller, denominada “Mis días con Giselle”, en referencia a su convivencia con Giselle Rímolo en la cárcel de Ezeiza.

Como un trayecto de lo que no fue, de ensayo, de prueba y error, Liliana transitó por diversos espacios educativos “adentro”. Muchos los ofrecía el Servicio Penitenciario.

Uno busca salir del pabellón. Nosotras salíamos a todo, venía cualquier cosa, lo que venga, evangelistas, curas, pastores, testigos de Jehová... Nosotras salíamos a todo. Después, con el tiempo, va decantando y vas eligiendo lo que realmente te gusta porque vas teniendo más actividades, empezás a trabajar, empezás a esto, lo otro, ya como que podés elegir: “no es necesario que salga solamente para tomar un poco de aire, salgo a esto que me interesa”.

Pasó por talleres de los que no recuerda ni el nombre: uno de arcilla sin horno, sobre el que relata: “al principio lo hacían en el horno de la panadería, después se quejaron los de División Trabajo. Entonces las chicas lo ponían en el horno del pabellón y no tienen la misma

temperatura, entonces se desarmaba la ‘obra’, toda una porquería”. Sobre otros talleres, como el de tarjetas españolas, macramé o crochet, dice no haber aprendido nada.

Y ahí estaba Lili, “pifiándola” como camino imprescindible para acertar, para cruzarse luego con los talleres “que venían de afuera”, con YoNoFui, con la poesía, con Claudia Prado y con María Medrano (4).

—¿Cómo fue la primera vez en el taller de poesía?

—La primera vez que fui había un grupo que escribía bárbaro. Yo era muy tímida, tartamudeaba y no había escrito nada de poesía. Habían dado un disparador, yo escuché y había que traerlo para la próxima semana. Había que escribir sobre un ambiente, sobre un lugar. Y escribí un poema que ahora figura en *Obligado Tic Tac* (5). Yo escribí sobre el pabellón comunitario, el de ingreso, el 17. Y cuando las compañeras lo comentaban, no es que había mala onda, era la dinámica del taller, pero uno no está acostumbrado, y me hacían sugerencias y yo pensaba que nos les había gustado. O por ejemplo no quería leer yo y se los daba a una compañera para que las lea, porque me daba vergüenza el tartamudeo. Hasta que a medida que fue pasando el tiempo me di cuenta que no pasaba nada, que ya las conocía. Y, de hecho, empecé a no tartamudear tanto. La escritura entre otras cosas me ayudó a eso.

Se interrumpe la charla porque la llama Marta, una compañera del penal con la que convivían en “las casitas” (6). Es invierno del 2014 y está ahora en la Calle Bonpland, en la sede de YoNoFui donde trabaja, escribe, organiza, difunde, estando en libertad. Lili le cuenta por teléfono a su compañera que estuvo llamando “por lo suyo” a la Universidad de Lomas, pero que nadie le atendía el teléfono. Le comenta también que le creó un *mail* y envió una consulta a la universidad como si fuese suya. Marta, todavía detenida en la Unidad 31, quería comenzar la carrera de Trabajo Social en la Universidad de Lomas y para eso aprovecharía las salidas por estudio. Pero desde adentro todo se hace cuesta arriba, o como dice Lili: “le patean en contra”. Cierra dulce y amistosamente su conversación telefónica con Marta, pero se ocupa de transmitir lo fundamental: “Decile a Adela que se quede tranquila que mañana voy a Comodoro Py sin falta, la llamo después a la noche y le comento. Besos a Silvi y a todas”.

Lili está hecha, repleta, de la Unidad 31. Y en su libertad, juega su partida más importante. Cuenta que está muy atenta a las chicas, que lo que a ella le pasó no lo olvida y, por eso, sigue pensando y ayudando a las de adentro. Se le nota, no le hace falta explicarlo. También habla a través de la historia de Marta, sobre las dificultades y trabas de querer estudiar estando presa. Pero la suya, su historia, como tantas, como todas, también es reflejo y expresión de las lógicas que conviven en el encierro: la del derecho y la de control. Como cuando su jueza del Tribunal Oral, ante el pedido de estudiar la carrera de Derecho, le contestó: “¿Otro abogado que sale de la cárcel? No aprenden bien ahí”. O como cuando abandonó los estudios universitarios por tener que cortar el pasto y quedar bien con un jefe de trabajo. Dice Lili, a un año de recuperar su libertad:

Justo laboraba con este jefe, que era el que había posibilitado que ingrese la computadora al penal. Y yo sentía que le fallaba al tipo, esa cosa extraña, esa dependencia que se da en el encierro, viste?... No era por el tipo, era porque me había dejado entrar la computadora, no quería que él lo tomara mal, entonces muchas veces me sentía sobreexigida. Debía ir a cortar el pasto y de repente tenía la materia de la UBA. Una pena, vos

después te das cuenta. En ese momento te sirve para la conducta y el concepto pero después te das cuenta de que salís y no sirve para nada los papeles de la conducta y el concepto.

Estando presa escribió, editó, encuadernó y publicó tres libros: *Obligado Tic Tac*, *Bancame y punto* y *Tu nombre escrito en tinta china*. Sus primeros pasos como editora fueron, entre otras cosas, gracias a un Jefe de Trabajo para el que ella hacía la fajina (7), que le permitió primero tipear los textos e imprimir en su oficina, y luego ingresar una computadora y una impresora.

YoNoFui me dio su aval como organización, algo fundamental para que me dejen entrar los aparatos, pero desde el Consejo Correccional pedían que alguna de las autoridades de las Divisiones se hiciera cargo de la guarda. Lo más lógico hubiera sido la Sección Educación, pero la Jefa no quiso. Para mi sorpresa, quien decidió hacerse cargo fue el Jefe de Trabajo. Así fue como terminó la compu y la multifunción en el Taller de tejido. Mientras viví en los pabellones, tenía permiso para ir dos o tres veces por semana, dependiendo de la guardia.

La computadora, recuerda, después de muchas idas y venidas, autorizaciones y demás, la terminaron rompiendo en una requisita cuando ella ya vivía en “las casitas” y estaba pronta a recuperar su libertad. Lili menciona en su relato al jefe. Le sorprende su actitud tanto como se la agradece. Reconoce en su historia un acontecimiento, una reconfiguración de roles y condiciones de posibilidad, que sólo el arte tiene la potencia de provocar:

Se ve que el tipo tenía cierta inclinación artística, como que le gustaban esas cosas, y él había leído algo que yo escribí y salió en la revista *Sudestada*. Y él me dijo algo que yo me quedé pensando hasta el día de hoy. Un día estaba cortando el pasto, ¿no? Ya en los últimos años de mi condena yo era su fajinera aparte de trabajar en jardinería, antes estaba en la biblioteca. Le limpiaba la oficina, entonces, a veces conversábamos. Ese día él sacó el tema. De golpe me dijo “Bueno, lo bueno, Cabrera, es que a los artistas se les perdona todo, hasta la cárcel”. Lo gracioso, pensándolo ahora a la distancia, es que yo nunca fui de pedir perdón, pero entiendo a lo que se refería.

La poesía posó sus ojos en Lili. Y allí donde la poesía posa sus ojos, una oración pasa de ser “una unidad sintáctica de sentido completo” a ser una ventana, una piedra en el zapato, un nombre en tinta china, un arma, un campo de batalla, un abrazo. Donde la poesía posa sus ojos, una “interna” puede ser una artista, aun para un oficial del Servicio Penitenciario. Donde la poesía posa sus ojos, una cárcel, un pabellón, puede ser una fábrica de libros.

En Ezeiza era un plato, porque era como una especie de fábrica de libros. Yo traía unas maderas que las compraba en Liniers cuando salía a las transitorias... y bueno, a veces las chicas me ayudaban sosteniendo la madera porque yo las cortaba con sierra, pero no la eléctrica, la que es a pulmón. Y de repente agarraba todo un fin de semana y cortaba la madera, después pintaba todas las tapas diferente porque pirogrababa, después dejaba que seque el barniz, es decir, era todo un laburo... coser los libros, etc.

Habla segura. Es ella, ahora, la que reparte las cartas. Le patina la “R”, pero no sus ideas. Se desliza por el terreno del lenguaje con firmeza y claridad. Sabe relatar su experiencia, es de ella, la domina, no se come ni un amague. Sabe de la cárcel, sabe de la poesía, nombra autores con naturalidad, los referencia: nombra a Jorge Urrutia, a Idea Vilariño, a Wislawa Szymborska, a Susana Thénon, a Alejandra Pizarnik, a Fabián Casas. Tiene claro que prefiere haber hecho lo que hizo a dedicar su vida a “ser penitenciaria y encerrar gente”. Dice que está presa porque no se pudo evadir. Le llama “fantocheda” al psicólogo al que el Juzgado y el Patronato de Liberados le obligan a ir. Milita su idea de escribir lo que cada uno tenga ganas; sabe y lo hace saber. Tiene críticas hasta para sus propios libros, distingue sus primeras escrituras de las que le siguen. Dice que en *Obligado Tic Tac*, el primer libro, “recién estaba

encontrando mi propio estilo”; en el segundo, *Bancame y punto*, “es mucho más duro y pude meter dibujos de Sil y otra compañera”; y sobre el tercero, *Tu nombre escrito en tinta china*,

Incluí todo lo que en el primero no me animé. En el primero hay muchas poesías sobre mi madre, es como otro tono, es como el comienzo. Y el segundo es como más fuerte, yo misma me doy cuenta, ya hay muchas cosas. Y el tercero es como una mezcla de los dos y como un avance, tengo muchos poemas que no tienen nada que ver con el adentro, ya había empezado a salir en transitoria. De hecho, hay algunas fotografías estenopecas que no las saqué en el penal, sino que las saqué estando en transitoria.

Se sabe poeta, es poeta. De las mejores. Repregunto por uno de sus enunciados más conmovedores y no se achica en la respuesta:

¿Por qué dije yo soy poeta? Bueno, porque realmente conmigo pasaba algo... Yo siempre fui muy tímida, era como muy hermética, me daba con la gente pero hasta ahí, me ponía muy nerviosa con la gente y no porque tuviera roces, sino porque no confiaba mucho en la gente. Fui hija única. Era como muchas cosas juntas de repente encontrarte con, no sé, cincuenta personas viviendo en el pabellón de una cárcel, viste, es como...

Piensa... El silencio no la incomoda. Y retruca, con firmeza:

Fui encontrando en la escritura la posibilidad de poder expresar cosas que me pasaban y que, bueno..., no las compartía con nadie. Y que la gente me fuera conociendo también porque, de repente, cuando sos tan hermético la gente no te conoce. Para ellos sos esa persona nerviosa que está ahí, y ya está. Entonces, eso es lo que me generó la escritura, que otros me conozcan de otra forma, con las cosas que me pasaban y, a su vez, la posibilidad de hablar con las chicas de manera distinta, conocernos diferente en el taller. A mí me ha pasado de convivir con alguien en el pabellón y tener un trato hasta ahí y, de repente, en el taller, hablar de otras cosas o conocernos de otra manera. Y por eso me fui convirtiendo un poco en poeta.

Para Lili, la experiencia de la escritura fue vital porque involucró —y todavía involucra— cuerpo, lenguaje, certezas, inseguridades, proyectos, destinos, recorridos, profesión, identidad. El taller de escritura la invitó a otro universo y, así, Lili se agarró de la poesía como de un lazo del que no se soltó jamás. Así, Lili zafó de “irse al mazo”. En ese universo se fue formando poeta por medio de esa jugada estratégica y fundamental. YoNoFui le dio marco, que no es poco.

Lili lo dice así:

Quizás la seguridad que yo tenía antes con otras cuestiones, con una pistola en la mano, con otras cosas que me llevaron a la cárcel, ahora no la necesito porque pude desarrollar una herramienta con la palabra. Cuando caí detenida, incluso cuando tenía que ser yo, sin esa muleta, tartamudeaba y ahora no. Tuve la suerte de haber sido acompañada durante ese trayecto y creo que eso hace la diferencia también en que una persona vuelva o no: el acompañamiento tanto adentro como afuera.

“Una ventana hacia mí misma”

“¡Mamita!”, pensó María Medrano cuando vio a las veinticinco mujeres inscriptas al taller de poesía el primer día que entró como docente a la Unidad 31. Nunca se imaginó que un taller de poesía podía interesarle allí “adentro” a tantas personas.

Antes, María Medrano había comenzado a trabajar en Tribunales y, como integrante de un juzgado de instrucción, a asistir a la cárcel de Ezeiza. Su primera entrevista la realizó a una chica bielorrusa. Generó una amistad con ella y decidió seguir visitándola durante toda la condena. Años después, escribió el libro *Unidad 3*, que relata su experiencia de trabajo en

el juzgado y de visitas a la cárcel. El libro comenzó a circular, se hizo conocido en cierto ámbito y, a partir de eso, la Casa de la Poesía la convocó a dar talleres de poesía en esa misma unidad en el año 2002. Así empezó un mundo sobre el cual ella dice: “Antes no sabía, no veía, y cuando empezás a ver no podés dejar de ver”. El taller creció, tomó otras formas, dejó de depender de la Casa de la Poesía, empezó a darse en la Unidad 31, se cocinó al calor de algunas mujeres poderosas y comprometidas que comenzaron a vincularse con la escritura y sobre todo, entre ellas. Así nació YoNoFui. Cuando estas mujeres salieron en libertad, siguieron juntándose en sus casas o en espacios que les prestaban. En esas reuniones reflexionaban, se acompañaban, compartían sus saberes. Saberes que creían les servirían para sobrevivir “afuera”. YoNoFui crece, se expande, resiste, “adentro” y “afuera”. Reúne, arma, moviliza, combina mujeres, arte, oficios, saberes populares, solidaridad, cooperativismo, discusión, cárcel (8).

A las dos semanas de entrar a la Unidad 31, Lili empezó a participar del taller de YoNoFui:

Nunca me gustó describir al taller solo como “un espacio de libertad” cada vez que me preguntan. Lo de “espacio de libertad” yo creo que es algo que uno lo dice y, si bien lo pienso, ya es como que para nosotras mismas está muy trillado. “¿Qué es el taller?” “Un espacio de libertad”. Y vos te quedás pensando: “Y sí... es un espacio de libertad, ¿pero por qué es un espacio de libertad?”

Se pregunta y se contesta:

No solamente porque podés escribir lo que vos quieras, sino porque tenés otro trato con la gente que viene, los docentes son personas a las que le importás, no estás condicionado a ninguna jerarquía ni a nadie, es tu espacio, se convierte en parte de vos y en lo que te hace bien, se transforma en una construcción colectiva, ¿viste? Es más complejo que definirlo solo como “es un espacio de libertad”. Yo me acuerdo cuando venían Claudia y María, era un cambio de 180 grados el trato que recibías afuera al trato que tenías con ellas de par, ¿entendés? Con el servicio penitenciario no tenés ese trato de par, por más buena onda que creas que va a tener la celadora, siempre va a ser la celadora y vos sos la interna.

El primer día Lili entró al taller con dudas, pero animada por una invitación de sus compañeras de pabellón. Le ofrecieron un mate y ese día prefirió solamente escuchar. Salió deslumbrada. Le sorprendió que “viniera gente de afuera”, “lo bien que escribían las chicas”, que “podían escribir sin censura de lo que quisieran”, que “era un grupo grande y mucha gente era mayor, lo cual estaba bueno porque tenían mucha experiencia, había gente con condenas largas, o sea, ya venían de un trabajo del taller”. Permaneció callada, escuchó y tomó mate por varios encuentros hasta que un día se animó y llevó un texto producido a partir de una consigna que María había propuesto en el encuentro anterior. Se enojó por las críticas que le hicieron, se sintió molesta, todavía no estaba acostumbrada a ese modo de comentar, opinar y construir colectivamente los textos de otras. Pero se quedó y después entendió. Se acomodó a la dinámica y, simplemente, le gustó. Afirma convencida:

En el taller aprendés a conocer a la persona y, de repente, ves cosas de por qué la persona es así, que eso también es interesante. Quizás ves que llegó hasta ese punto porque le pasaron un montón de cosas... y es así y, de repente, a esa persona le deben molestar cosas de mí y, bueno, me van conociendo. Por eso fue un poco como que se fue transformando en mi identidad. Y después sí, porque me dio las herramientas de poder hacer otra cosa con mi vida.

Un ejercicio de confianza, un ejercicio de libertad, una forma de conocerse a sí misma. Según Lili, la escritura fue “una ventana hacia mí misma”. Cuando empezás a ver, ya no podés dejar de ver.

Ya en libertad, Lili trabaja en YoNoFui: organiza los eventos, se ocupa de la difusión y la comunicación, colabora en los talleres y en la cooperativa; escribe y forma parte de la coordinación editorial de la Revista *Yo Soy*. Forma parte de la organización de la Feria *Qué hay detrás*, que una vez por mes se realiza con colectivos y organizaciones de la Red de Cooperativas de Liberados. Además, sigue distribuyendo sus tres libros de poemas que todavía cose de modo artesanal. Va todos los martes y jueves a dar poesía al Complejo IV y a la Unidad 31, y asegura: “La posibilidad de volver a Ezeiza desde otro lado para mí es muy importante, yo cuido mucho ese espacio”.

Es una mañana de otoño y Lili se encuentra con su compañero, Juan Pablo Fernández, su pareja pedagógica (9), para ir juntos al Penal de Ezeiza. Lili le comenta a Juan Pablo que ayer la llamaron las chicas para contarle unas cosas y pedirle otras. Conversan sobre la planificación del taller de ese día y discuten sobre poetas. No llevan las mismas propuestas a las dos unidades. En los talleres de escritura, cada población tiene su especificidad y su experiencia. Esto obliga a pensar dos talleres distintos, aunque ambos sean con mujeres privadas de su libertad.

Lili viste sencilla: un jean clarito, unas zapatillas blancas, un rompevientos rosa y, arriba, una campera suave y finita de *polar* de color naranja, casi durazno. Su cara tiene rasgos fuertes, pero sus ojos son pequeños y achinados, su pelo es largo y ondulado. Pero es la misma Lili rubia de pelo corto que aparece en el documental “Lunas Cautivas: historias de poetas presas”, realizado por Marcia Paradiso entre el 2011 y 2012, un film que recorre la experiencia del taller de poesía de YoNoFui en la cárcel de Ezeiza.

Ahora, Lili es docente del taller del cual fue participante durante muchos años. Se encuentra con las chicas que antes fueron sus compañeras de pabellón. Se sienta en los sillones que antes limpiaba. Saluda a los agentes penitenciarios que antes le abrían la reja, le marcaban el ritmo y la cotidianeidad. Ahora, les entrega el DNI para poder ingresar y les reclama las “bajadas” (10) de las que están inscriptas al taller. Las chicas la abrazan cuando la ven y cuando se va. En ese abrazo se fusiona el compañerismo, las ganas de salir, el deseo de saber qué pasa allá afuera. Ese “afuera” que les trae cada martes.

Al principio, este ingreso de Lili desde otro lugar parecía desconcertar al Servicio Penitenciario. Como a quien le cuesta sacarse una mochila pesada, ella también tuvo que deshacerse de ese rol que durante tantos años le fue asignado.

Cuenta una anécdota relacionada con las primeras veces que entraba con María Medrano, ambas como docentes. María se sentó cómoda en un sillón esperando que llegara el *remise* que las llevaba de vuelta y la invitó a sentarse también:

En la unidad 31 tienen la recepción en un living, ese living y todo eso, cuando vos trabajás en dirección o en recepción, lo limpiás, pero ni de casualidad se te va a ocurrir sentarte ahí siendo interna, no. Entonces, yo la miro a María y le digo: “¿Te vas a sentar conmigo ahí? Nos van a odiar”. Porque para algunos, si bien yo estoy entrando, sigo siendo una interna en el pensamiento de ellos.

Lili lo cuenta risueña, si bien continúa debatiéndose entre contradicciones: las propias y las que le fueron impuestas. Ahora ya no parece incomodarse. Se nota la seguridad que fue adquiriendo a través de esta experiencia en su piel, en su caminar por los pasillos de esas unidades, en su hablar suelto y fluido. Como si ya no sintiera el peso sobre los hombros, como si a través de la escritura hubiese podido, como dice ella, “sacar para afuera, descargar la mochila”.

Trae otra escena ilustrativa a la conversación. Una de las penitenciarias, “quizás por distracción”, justifica Lili, entró un día al salón donde ella daba el taller de poesía y le dijo:

—Cabrera, ¿va a salir a yoga? Le llegó la boleta para yoga. — Lili la miró desconcertada.

—Mire que yo acá entro como personal civil, ya no soy... — contesta Lili

—¿Pero usted no es Cabrera Gladys?

—No, yo soy Cabrera Liliana.

—Ay, se me hizo una laguna —contestó la agente.

También comenta otra anécdota en la cual una jefa la quiso requisar durante los controles de reintegro (11) de la Sección Educación, pensando que había vuelto, pero no como docente.

Para vos, lo peor, es la libertad: “afuera había nada, nada, la nada misma”

—¿Afuera qué hago? No me espera nadie.

—¿Cómo no te espera nadie? Te espera YoNoFui.

Hay un nexo, un hilo conductor, un motor en toda historia, se trata de María Medrano. La sembradora de estas semillas que hoy son Lili, Marta, Ramona, son *Qué hay Detrás*, son “Iluminaciones” (12), son cooperativa, son radio, son *YoSoy* y son YoNoFui.

María se emociona, llora tímidamente cuando recuerda un momento de felicidad en su recorrido de trabajo en las cárceles y relata aquella Navidad en la que hicieron un almuerzo “adentro” y “de sorpresa” junto a todas las compañeras. Lili, sin saberlo, trae a la conversación el mismo acontecimiento y también llora.

Para Lili, María fue su puente, su boleto para subirse al tren. Fue su profesora, su poeta preferida, su formadora. Fue quien firmó y se hizo responsable para que Lili obtuviera su libertad transitoria, para ayudarla a aprovechar sus salidas, que sin María no hubiesen podido hacerse efectivas. Lili no tenía a nadie afuera, no tenía firma de un responsable, ni tenía compañía.

Otro relato conmovedor que trae Lili es cuando Peluzzi, el juez de su causa, le informó que iba a salir seis meses antes porque le correspondía, según el artículo 140 (13).

Lili se desespera. Busca la forma de quedarse, de decirle al juez que no va a salir. En su historia resuena la de tantas otras mujeres; en la que se desdibuja el encierro y la libertad. ¿Se puede estar libre “adentro”? ¿Se puede estar encerrado en libertad? Encierro y libertad se resignifican, Lili sale desarmada de la audiencia con el juez. Angustiada, le cuenta a Silvina, su compañera de convivencia en las casitas de pre-libertad, que “afuera” no tiene nada y que va a rechazar la libertad. No se ve “afuera” a esta altura de su vida, con ocho años de detención encima siente que no sabe nada del “afuera”. Aquel episodio irrumpía en su vida resquebrajando el orden de un mundo perverso y aparentemente inalterable, del mundo del encierro. Con certeza, dirá luego Lili: “la cárcel malacostumbra”.

Asomándose a sus dudas como quien contempla un precipicio, sintiendo ese vértigo en el estómago y en la cabeza, entra al taller de poesía como todos los martes. Y María, su profesora, cómplice de género y propósito, con sensibilidad docente y un saber que sólo da la experiencia, lee a Lili. Lee su cara, lee su gesto, lee algo en su compañera, que hace casi ocho años concurre a al taller, que es la estudiante más comprometida, la poeta más punzante, la más oscura. Lee algo que no la conforma. Este es el relato de Lili sobre esa notificación de salida. Para Lili, lo peor, era la libertad: “Bueno, he decidido dar el estímulo educativo. Cabrera a usted le tocaría la libertad condicional así que se le adelantan seis meses”, le dijo el juez.

“Seis meses ¡vístel y yo me quedé...”, recuerda y, cuando lo dice, casi grita. Se oye en Lili la desgarradora paleta de sensaciones que la atravesaron en aquel momento. Se oye en ella a todas las mujeres que pasaron por lo mismo.

No me puse contenta, te soy sincera, me agarró pánico, porque yo tenía que resolver ya algo que había pensado para seis meses después y que tampoco tenía idea de cómo iba a resolver porque la familia que no tenía no la iba a inventar en ese momento, trabajo... ¿de dónde saco?, ¿a dónde voy?, porque adentro vos te acostumbrás, a esa vida te acostumbrás... Te acostumbrás a la rutina de que tenés trabajo, sabés que vas a educación, salís de transitoria, vas y venís, dentro de todo, estás cómodo en eso, es lo que conocés, parece mentira, te acostumbrás a la rutina, las ves a las chicas todos los días. Ya son tus compañeras, son tus amigas, es una mezcla de cosas.

María la saca del salón de clases para preguntarle qué le pasa. Lili, llorando, le cuenta que le dieron la libertad y que estaba decidida a rechazarla: “Afuera no había nada. Nada, la nada misma, ningún proyecto laboral, ningún pariente. Entonces, me costó mucho asumir que salía”, explica:

—¡Pero vos estás loca, no! ¿Cómo vas a hacer eso?

—Afuera ¿qué hago? No me espera nadie.

—¿Cómo que no te espera nadie? Te espera YoNoFui.

Y sí, y a partir de ahí, bueno. Se dio algo que yo no sabía cómo se iba a dar y fue así. Salgo el 15 de octubre, el 16 era mi cumpleaños y bueno... Ahí ya se fue dando lo de volver a Ezeiza, que estando adentro estaba como en proyecto, ¿viste? pero yo no sabía, era mucha incertidumbre porque la gente me decía “pero vos recién egresada del penal no te van a dejar entrar, y que esto y que lo otro”, ¿viste? siempre están esas cosas. Y María me decía: “vos vas a entrar, no te preocupes, vas a entrar al taller, y trabajo vas a conseguir; vamos a buscar la

forma de que puedas hacer algo” y bueno, que no me desesperara. Al principio, fue difícil porque es difícil salir...y, de repente, tenía a YoNoFui, empecé a ir a Vicente López (14), venía acá, a Bonpland y ya como me fui metiendo más en la organización. Hoy puedo decir que es mi familia.

El vínculo que se forjó entre ellas, primero pedagógico, luego de amistad, de compañerismo, fue para Lili formativo en sí mismo, fue posibilitador de lazos sociales y vitales. El vínculo las transformó, las conformó en una dupla que fusiona política y experiencia. Lili dice de María: “es mi sostén, apostó por mí, me dio su confianza, tuvo fe en momentos en que ni yo la tenía”, “Hay muchos lugares que yo tengo claro que no hubiera llegado si no hubiera sido por María o YoNoFui”, “es mi mejor amiga”.

María es una persona poderosa, es la llave del universo poético de todas estas mujeres, pero también, y sobre todo, es YoNoFui, Una organización que ubica, contiene y da marco a un trabajo construcción colectiva. Lili sostiene, convencida, que la clave es el acompañamiento tanto “adentro” como “afuera”. Dice que en YoNoFui “nadie quiere cambiar ni salvar a nadie”, que cuando el docente se acerca es para generar un encuentro con el otro, para “capitalizar el bagaje que una trae y crear algo nuevo”. Ese es el posicionamiento político-pedagógico que sostienen:

Yo puedo decir que durante el trayecto que estuve detenida me sentí tan acompañada de la misma forma en que yo trato de acompañar a las chicas. YoNoFui es una organización que trabaja hace más de doce años en Ezeiza, tenemos talleres “adentro” y “afuera”. “Adentro” tenemos el taller de poesía, fotografía estenopeica, fotografía digital, carpintería, tejido y telar. “Afuera”: encuadernación, diseño textil, serigrafía, dibujo, armado de calzado. Es muy amplio el abanico y estamos creciendo mucho, tenemos un equipo de apoyo social y un equipo de reflexión con el cual nos reunimos, cada quince días, todas las que vamos saliendo a conversar sobre temas que, a veces, la gente de afuera que no pasó por estas circunstancias no entiende.

Lili salió el 15 de octubre de 2013, al día siguiente cumplía treinta y tres años. Con 33 de mano, tenía la partida asegurada. La esperaba YoNoFui. La bancaba un proyecto colectivo.

Creo que una persona, cuando llega a la cárcel, llega después de haber sido vulnerada muchas veces. La persona que llega ahí es porque se le fue el tren con las oportunidades, a veces no decide estar ahí y a mí se me fue el tren muchas veces. Creo que ahora lo agarré y lo que pienso hacer es ayudar a que todas tengan el pasaje, hacer lo posible.

La define y sintetiza una frase que es de ella, es su muletilla y su mejor carta. Creo que Lili cerraría así su historia. A quien sea lector o lectora de este relato, Lili le cantarías las 40: “Bancame y punto”.

Referencias bibliográficas

BUSTELO, C., “Experiencias de formación en contextos de encierro. Un abordaje pedagógico desde la perspectiva narrativa y (auto)biográfica”. Tesis de doctorado.

Repositorio de la Facultad de la Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Buenos Aires. 2016

CONTRERAS, J., “Profundizar narrativamente la educación”, en: E. C. de Souza (Org.) (Auto)biografías e documentacao narrativa. Redes de pesquisa e formacao. Salvador: EDUFBA. (p. 37-62). 2015

DELORY-MOMBERGUER, C, Biografía y educación. Figuras del individuo-proyecto. Buenos Aires: Facultad de Filosofia y Letras/Universidad de Buenos Aires- CLACSO. 2009

GEERTZ, G., Conocimiento local. Barcelona: Paidós. 1994

LARROSA, J., Pedagogía profana. Buenos Aires: Miño y Dávila . 2000

RICOEUR, P., Autobiografía intelectual. Buenos Aires: Nueva Visión. 2007

RICOEUR, P., Tiempo y narración. Configuración del tiempo en el relato histórico. México: Siglo XXI.2007

SKLIAR, C., Lo escrito, lo dicho, lo ignorado. Ensayos mínimos entre educación, filosofía y literatura. Buenos Aires: Miño y Dávila. 2010

SANTOS, B., Epistemologías del Sur. México: Siglo XXI. 2009

SUÁREZ, D., “Narrar la experiencia pedagógica como desarrollo profesional docente”. en Voces en el Fénix.Nº75. <https://www.vocesenelfenix.com/content/narrar-la-experiencia-pedag%C3%B3gica-como-desarrollo-profesional-docente> (consulta: Marzo 2020). 2019.

*Submetido em novembro de 2019
Aprovado em maio de 2020*

Información del autor

Daniel Suárez

Doctor en Ciencias de la Educación por la Universidad de Buenos Aires (UBA). Profesor Titular Regular del Departamento de Ciencias de la Educación de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires (FFyL-UBA). Director del Proyecto de Investigación (UBACyT 2018-2020) “Discursos, sujetos y prácticas en la conformación del campo pedagógico” en el Instituto de Investigaciones en Ciencias de la Educación (FFyL-UBA). Coordinador General del Programa de Extensión Universitaria Red de Formación Docente y Narrativas Pedagógicas (FFyL-UBA). Coordinador del Programa Específico de Doctorado “Investigación Narrativa y (Auto)biográfica en Educación de la Universidad Nacional de Rosario (UNR). Editor de la Revista Brasileira de Pesquisa (Auto)Biográfica.

Correo electrónico: danielhugosuarez@gmail.com

ORCID: <https://orcid.org/0000-0003-3417-1169>

Cynthia Bustelo

Doctora en Ciencias de la Educación por la Universidad de Buenos Aires (UBA). Becaria post-doctoral de CONICET. Coordinadora pedagógica del Programa de Extensión en Cárcels (SEUBE-FFyL-UBA). Investigadora formada del Proyecto de Investigación UBACyT (2018-2020) “Escribir en la cárcel: intervenciones con la literatura y otras formas de arte y organización”. Miembro del comité organizador del Encuentro Nacional de Escritura en la Cárcel. Profesora del Programa Específico de Doctorado “Investigación Narrativa y (Auto)biográfica en Educación” de la Universidad Nacional de Rosario (UNR).

Correo electrónico: bustelocce@gmail.com

ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-8640-8124>

Notas

(1) Se trata de la Tesis Doctoral *Experiencias de formación en contextos de encierro: un abordaje pedagógico desde la perspectiva narrativa y (auto)biográfica*, de Cynthia Bustelo, dirigida por Daniel Suárez y codirigida por Juan Pablo Parchuc. La defensa tuvo lugar en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires en el mes de abril de 2017.

(2) Para profundizar en ellos, o leer la tesis completa, se puede acceder a: <http://repositorio.filo.uba.ar/handle/filodigital/4363>

(3) “Ingreso” se les llama a los pabellones donde van las personas primarias, es decir, que es la primera vez que están detenidas. “Reingreso” son los pabellones de reincidentes.

(4) Docentes del taller de poesía de YoNoFui. María Medrano también es coordinadora de la Organización.

(5) El poema se titula “Panóptico”. Figura en el libro *Obligado Tic Tac* (Cabrera, 2013b):

Todo parece perfecto

nada es lo que parece.

Los colores permanecen uniforme

en sus cuatro laterales

a la guarda de que nada se escape

de su lugar asignado

Todo se cierne al parecer

de una clara armonía.

El suelo

como un espejo infiel

devuelve su imagen difusa.

Intenta evadir

la consigna de orden

que dictan las imágenes impresionistas.

Allí se ve todo tal cual es

tan lejos y tan cerca.

(6) Se denomina “Las casas” —área de Pre-egreso— al lugar donde están alojadas las mujeres que acceden a la fase de pre-libertad.

(7) Se denomina “fajina” a la limpieza. La realizan las personas privadas de su libertad tanto en los pabellones y en las oficinas penitenciarias como en espacios comunes de Educación o Trabajo.

(8) En el capítulo “Territorios pedagógicos en el (contra el y a pesar del) encierro” de la tesis doctoral, se describe de manera más exhaustiva YoNoFui como territorio político pedagógico.

(9) Todos los talleristas de YoNoFui trabajan en pareja pedagógica.

(10) Se usa en las cárceles “bajadas” para referirse al acto de traer a las personas al Sector Educación. El término viene de la antigua cárcel de Caseros donde los pabellones estaban contruidos para arriba y había que “bajar” a las personas para acceder a los distintos lugares.

(11) Procedimiento en que los “internos” vuelven a los pabellones desde las diferentes áreas donde realizan actividades.

(12) Libro de fotografía estenopeica producido por el colectivo *Luz en la Piel* en el marco del taller de YoNoFui de la Unidad 31.

(13) Referido a la modificatoria del Capítulo VIII de la Ley 24.660 de Ejecución de la Pena, conocida como de “Estímulo educativo”.

(14) Otra de las sedes de YoNoFui, donde se encuentran los talleres productivos.